

béis soportado con tanta clemencia en su culpable huida y en su pecado. ¡Ay de mí! ¡os he ofendido! ¡Corred, lágrimas! El esclavo ha ultrajado á su Señor, la criatura á su Criador, el hombre á su Dios, á un Dios tan grande y tan adorable! Os he ultrajado después de tantos beneficios y con tan criminal desprecio! ¡Oh! ¿quién me dará una *contrición profunda como el mar*? ¿Quién pondrá en mis ojos una fuente abundante de lágrimas, á fin de que toda mi vida no cese de llorar, considerando á la viva luz del misterio de la cruz la maldad de la ofensa hecha á Dios, la ingratitude del pecador que la comete, la excelencia infinita del Altísimo que es ofendido; á fin de que, preparado así por una viva y ardiente contrición, mi alma obtenga la gracia de una santa y dichosa muerte.



DUODECIMO MEDIO

De la precaución para recibir á tiempo y con una piedad fervorosa el santo Viático y la Extrema-Unción

TODO el mundo conviene en que no hay medio más eficaz para asegurarnos la gracia de una buena muerte, como el de recibir á tiempo y con fervorosa piedad el santo Viático. En efecto, ¿de quién podemos esperar mejor una muerte dichosa que del Autor mismo de la vida, de Dios, que es el centro de toda felicidad? Satanás, nuestro implacable enemigo, no lo ignora, y no hay obstáculo que no suscite, ó para impedirnos recibir el santo Viático, ó para hacer que lo recibamos con tibieza. Con este objeto, prosiguiendo sin descanso su infernal designio, este astuto adversario trabaja durante toda nuestra vida para arrastrarnos al desgraciado hábito

de las comuniones tibias, á fin de que en castigo de nuestra tibieza la justicia de Dios se venga de nosotros en la muerte, privándonos de la gracia del santo Viático, ó de los frutos de que es fuente inextinguible. Nada importa tanto como prevenir esta desgraciada privación, y quitar este gran obstáculo á la gracia de una buena muerte: con este fin, meditemos atentamente los motivos por los cuales debemos temer hacer comuniones tibias durante nuestra vida, y apresurarnos á pedir el santo Viático cuando estuviéremos peligrosamente enfermos. Consideremos, pues, 1.º la excelencia de la divina Eucaristía; 2.º el poco fruto que sacan los que comulgan con tibieza; 3.º el peligro á que nos exponemos retardando la recepción del santo Viático; después de esto hablaremos en un cuarto artículo de la recepción y de los efectos del sacramento de la Extrema-Unción. Esta consideración nos sugerirá las reflexiones más capaces de excitarnos á hacer comuniones fervorosas y á no demorar en la enfermedad el fortalecernos con los sacramentos de los moribundos; porque estos sacramentos, recibidos en buena hora y con piedad, son una disposición excelente, y un medio eficaz para obtener la gracia de una buena muerte.

ARTÍCULO I

Excelencia de la divina Eucaristía

La excelencia de la Eucaristía es infinita é inefable á causa de la dignidad de la persona adorable que allí reside, ocultándonos bajo velos misteriosos el esplendor de su persona.

Suponed otro universo cien veces mayor que el que existe; Dios es aún más grande; suponedle cien veces más hermoso; Dios es todavía más hermoso; suponedle mil veces más perfecto; Dios es aún más perfecto. Multiplicad con el pensamiento, añadid aún y sobreañadid al infinito todo lo que la imaginación puede concebir de perfección, de hermosura, de fortaleza, de bondad, de majestad; Dios, es siempre más perfecto, más fuerte, más glorioso y más augusto. Este Dios tan grande y tan incomprendible es el que reside en el Santísimo Sacramento del altar, en la plenitud de sus virtudes, de su gloria, de su poder, de su magnificencia y de su grandeza infinita. Toda la majestad de la Trinidad adorable está en este misterio: allí adoramos el poder eterno del Padre, la sabiduría infinita del Hijo, la bondad sin límites del Espíritu Santo, toda la belle-

za y felicidad perfecta de Dios mismo. Allí está oculto un Dios Hombre, Jesucristo, el terror de los demonios, la vida del mundo, la alegría del cielo, las delicias de la Santísima Trinidad; el centro de toda gloria, de toda gracia, de toda hermosura, dulzura y riqueza, de todo contento. Admitidos á este banquete sagrado, el desgraciado recibe al autor de su salvación, el pecador se embriaga en la fuente misma de la santidad, el pobre toma del tesoro de todos los bienes, y el afligido abraza *al Dios de todo consuelo*.¹

El huésped que recibimos en la Eucaristía es nuestro abogado, defiende nuestra causa en el tribunal de la divina justicia. Es nuestro médico y aplica á nuestras llagas, si nosotros queremos, un remedio seguro; es nuestro amigo, que sabe y puede socorrernos; es todopoderoso, y nos socorrerá ciertamente si no ponemos obstáculo, pues nos ama tiernamente, y por nuestra salud se dejaría si fuese necesario clavar en la cruz, pues su corazón está abrasado de un ardiente amor por nosotros. En una palabra, en este sacramento del amor reside el Dios de la gloria que, *con tres dedos, pesa la masa de la tierra*;² reside Jesucristo, *el Señor de los señores*,³ *el Sal-*

¹ 2 Cor. 1. 5.

² Isai. 10. 12.

³ Apoc. 19. 16.

vador del mundo,¹ *el esplendor de la gloria y el carácter de la substancia de Dios*, Jesucristo, quien *está sentado, en lo más alto de los cielos, á la diestra de la soberana majestad*.²

¡Gran Dios! ¡los cielos de los cielos no pueden conteneros, y estáis todo entero bajo las substancias más insignificantes! En el cielo, los tronos y los principados se prosternan para adoraros, y aquí descansáis sin recibir homenajes bajo un pobre tabernáculo en un santuario obscuro. Mil millares de ángeles os sirven, diez mil millones están en vuestra presencia, y vivís aquí en medio de los desgraciados y de los pobres! ¡Ah! me faltan palabras para decir cuán infinita é incomprendible es la excelencia de este gran misterio, en razón de la dignidad de la persona que reside en él. Señor, yo creo que vos estáis en la Eucaristía, adoro allí vuestra presencia, y os amo bajo esos velos, alabando y admirando vuestra inextinguible bondad para con nosotros.

La excelencia de la Eucaristía es también infinita é inefable en razón de la manera admirable con que Jesucristo reside allí. *El Señor, lleno de bondad y de misericordia, ha hecho de ella el monu-*

¹ Juan, 4. 42

² Hébre, 1. 3.

mento y el compendio de sus maravillas, dándose él mismo por alimento á los que le temen. El descubre allí el poder de su gracia,¹ cuando comprime el esplendor de su divinidad bajo la nube misteriosa de ínfimas substancias, cuando estrecha su inmensidad en la pequeña circunferencia de una hostia, y oculta bajo los velos místicos del santuario, la gloria de su magnificencia. Su majestad obra con toda la extensión de su poder divino, cuando trastorna todas las leyes de la naturaleza y multiplica las maravillas para obrar este prodigio de su amor, y hace un milagro en el pan y en el vino, cuya substancia es destruída, y en su cuerpo adorable, que se encuentra todo entero en la hostia y en cada parte de la hostia, por pequeña que sea.

Su amor todopoderoso parece no obstante haber agotado todos los tesoros de su poder reduciendo su gloriosa humanidad á la condición de víctima hasta tal punto que en ese estado no puede naturalmente ni sentir, ni hablar, ni ver, ni oír, ni hacer ningún movimiento con su cuerpo; y todos los días la reduce á esta muerte mística. Para hacer estas maravillas, el Señor no recurre á la fuerza de los serafines y de los principados: cinco palabras le bastan, cinco palabras

¹ Luc, 1. 51.

proferidas por un sacerdote, aunque fuese un prevaricador; siempre y en cualquier lugar que el sacerdote las pronuncie siguiendo las reglas de la Iglesia, Jesucristo se rinde á su voz. Así, humillado queda bajo las especies sagradas hasta que ellas son consumidas y algunas veces gastadas y corrompidas.

No contento con tanta condescendencia, se ofrece á nosotros para que le comamos como si fuese un pan ordinario. Si Jesucristo descendiese del cielo á nuestros altares, resplandeciendo como el sol con una viva luz, este seria sin duda un prodigio de una bondad divina; mas, cuando oculta el resplandor de su majestad bajo las sombras eucarísticas, cuando se oculta bajo la apariencia de pan para que le recibamos en nuestra lengua, para descender á nuestro estómago como un alimento común, este es un milagro sobre todas las maravillas, y cuya operación no ha exigido nada menos que el concurso de todas las perfecciones de Dios, que son infinitas.

¡Oh admirable bondad de Jesucristo! exclama San Buenaventura, ¡mi Dios, mi Esposo y mi amor, se ha hecho mi alimento! ¡la luz del mundo, la sabiduría de Dios es el pan de mi alma! ¡la recompensa de los Santos, el gozo de los Angeles, el Verbo de Dios Padre es mi alimento!

¿Qué más puedo yo amar? ¿qué otros atractivos pueden arrebatarme? ¡Oh amable Jesús! ¡que no tenga yo mil corazones y mil lenguas para amaros y para publicar la excelencia de la divina Eucaristia, que resplandece particularmente en la manera en que residis en este admirable misterio!

Esta excelencia no resplandece menos por la grandeza del amor con que Jesucristo estableció este sacramento. Tres circunstancias sobre todo nos manifiestan la inmensidad de este amor: 1.º el tiempo de la institución de la Eucaristia; 2.º la ingratitud y la bajeza de los hombres, en cuyo favor Jesucristo la instituyó; 3.º el fin por el cual la instituyó.

1.º *El tiempo de la institución de la Eucaristia.* Sabiendo Jesús que habia llegado su hora de pasar de este mundo á su Padre, conociendo la traición de Judas y las bárbaras maquinaciones de los sacerdotes, previendo el perjurio de Pedro, la huída vergonzosa de sus discípulos; con su presciencia divina contemplando los instrumentos de su suplicio; los azotes, la columna, las cuerdas, los clavos, la lanza; Jesús, digo, sabiendo todas estas cosas, instituyó el amable, el admirable sacramento en el cual, con una caridad heroica, nos dió su cuerpo por alimento, y su sangre por bebida,

aunque previó que desde el día siguiente debíamos con nuestros pecados desgarrarle en la flagelación, coronarle de espinas y clavarle en la cruz. ¿Se puede concebir un amor más excesivo?

2.º *La ingratitud y la bajeza de los hombres en favor de quien la instituyó.* Porque ¿qué es el hombre, Señor, qué es el hijo del hombre para que os dignéis visitarle? ¡Ah! ¿qué hacéis oh dulce Jesús? ¡Ay de mí! aquellos á quienes os dais así en alimento, no solamente son despreciables, ciegos, ignorantes; tardíos para el bien, prontos para el mal, sujetos á la inestabilidad, á la corrupción y á una infinidad de miserias; son frios, irrespetuosos, ingratos y algunas veces sacrilegos y nuevos Judas que consideran un juego el profanar el pan de los ángeles. ¡Oh divino amor! vos conocéis sus disposiciones, mas nada puede apartaros de vuestro designio. Si hubieseis solamente preparado este festin para la augusta Reina del cielo ó para vuestros santos apóstoles, esto seria una condescendencia incomprensible. ¿Qué será, pues, el que le hayáis preparado para viles y despreciables gusanos de la tierra, para los pecadores ingratos, para cobardes y pérfidos esclavos del infierno, para los impíos que han abusado de él hasta el

¹ Sal 8. 5.

punto de hacer servir la hostia inmaculada para las detestables prácticas de la magia? ¡Oh amor verdaderamente infinito! ¡oh Dios, verdaderamente pródigo de vos mismo en el deseo ardiente que os apremia de daros al hombre!

3.º *El fin por el cual le instituyó.* Jesucristo quería manifestar que consisten sus *delicias* en permanecer con los hijos de los hombres; ¹ quería reducirse al estado continuo de víctima, y en esta muerte mística permanecer siempre viviendo *á fin de interceder por nosotros*; ² quería dándonosnos él mismo con todo lo que tiene, y de una manera tan admirable, forzarnos á corresponder á su amor. El Señor quería, en fin, anonadándose, colmarnos de toda clase de bienes. ¡Oh alma mía! este Dios todopoderoso, infinitamente dichoso en sí mismo, y que no tiene necesidad de ninguna criatura, reside en la Eucaristía, no por sus propios intereses, sino únicamente por nosotros y por nuestro bien; él está allí presente para amarnos, para estrecharnos contra su seno, alimentarnos, fortalecernos, consolarnos en la aflicción, sostenernos en la tentación, enriquecernos en la pobreza, protegernos en la desgracia, curarnos en la enfermedad y colmarnos de

¹ Prov. 8 31.

² Hebr. 7. 24.

todos los tesoros de su ternura. En una palabra, está presente á fin de prodigarse por nosotros, y de entregarse sin reserva á todas nuestras necesidades. ¡Oh poder incomprendible del amor! ¡oh inestimable excelencia de la Eucaristía!

¡Oh cielos! Dios *me ha amado, me ha amado, y se ha entregado por mí*,¹ de una manera tan admirable, con la efusión de la más afectuosa ternura, y no obstante, yo languidezco, soy tibio, y opongo el frío de un corazón insensible á las llamas ardientes de un amor sin límites. ¡Qué desgraciados somos! ¡oh gran Dios! ¡Creemos que estáis presente en el sacramento augusto, y á pesar de nuestra fe, pecamos de todas maneras contra el respeto que os es debido en ese lugar! Los espíritus puros del *cielo tiemblan delante de la divina hostia*, los príncipes de la corte celestial se humillan en el abismo de su nada, y nosotros, gusanos de la tierra, nos atrevemos á presentarnos sin reverencia ante el Dios terrible. La infinita majestad de Dios nos espera en su amoroso misterio, donde colma de todos los bienes celestiales á los que le visitan, y en nuestra perezosa indiferencia descuidamos venir á los pies del tabernáculo, y dejamos solo á Jesucristo durante días enteros, sin tri-

¹ Gal. 2. 20

butarle ningún honor. El noble corazón de Jesús arde de amor por nosotros, y nuestro corazón está frío y es todo de hielo para él. Este divino huésped nos invita y nos previene al banquete celestial, y nosotros nos negamos á asistir á él: ávidos de un alimento inmundo, no tenemos más que disgusto por el pan de los ángeles.

¡Oh Jesús, Dios de la Eucaristía! ¿qué prodigio será más sorprendente, el de vuestra bondad, ó el de nuestra malicia? Sí, somos más insensibles que el bruto; nuestro corazón es más duro que la roca pues que vuestros beneficios no pueden inspirarnos mejores y más generosos pensamientos.

Interroguémonos aquí nosotros mismos. ¿Con qué modestia exterior y con qué respeto interior estamos resueltos á asistir de hoy en adelante á la Iglesia? ¿Cuántas veces al día, y á qué hora visitaremos el Santísimo Sacramento? ¿Cuántas veces á la semana, y qué día nos acercaremos á la santa mesa? ¿Con qué fidelidad nos proponemos hacer antes y después de la comunión los actos de las virtudes propias de esta circunstancia, principalmente los actos de las virtudes teologales? ¿Qué otros actos haremos, y con qué fervor? ¿No podríamos adoptar para esto un método más perfec-

to y más útil que el que hemos seguido? Corrijamos los defectos de nuestras omisiones pasadas, con el temor de que, continuando recibiendo á nuestro Dios con disposiciones imperfectas, *no comamos y bebamos nuestra propia sentencia por no distinguir el cuerpo del Señor*¹ y que no nos hagamos indignos de la gracia de una buena muerte. Ciertamente, un corazón bastante insensible para considerar la excelencia de la divina Eucaristía, sin concebir un aumento de fervor y devoción hacia este adorable misterio, no puede esperar más que ser privado en la muerte de las gracias anexas al santo Viático.

ARTICULO II

Del poco fruto que sacan de la Eucaristía los que comulgan con tibieza.

Ya lo hemos dicho, la Eucaristía es un sacramento de una excelencia divina; y no obstante, apenas sacamos algún fruto de ella. Tomás de Kempis nos asegura que es tan grande la virtud de este inefable misterio, que si un cristiano por su propia maldad no opusiese obstáculo, podría con una sola comunión bien hecha llegar á ser luego un gran santo. Mas, á

¹ Cor. 11. 1. 29.